

HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS

10



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

1969

Catarina de San Juan. En el mercado de esclavos de Manila la compró el agente del capitán poblano Miguel de Sosa; llegó a Acapulco, según parece, en enero de 1625.

En Puebla vivió algunos años en la casa del capitán Sosa y de su mujer, Margarita de Chávez; muerta la pareja al poco tiempo, Catarina pasó a casa del sacerdote Pedro Suárez, donde llevó una vida casi conventual. Se casó con otro esclavo chino, es decir, también procedente de Filipinas, pero "con separación de lechos": entre su cama y la del esposo colocó una imagen de Cristo. De esta suerte conservó su virginidad. Al enviudar se retiró a un "aposentillo" en una casa de vecindad. Entregada a una vida de penitencias y ayunos, recibía la visita de Dios y de los ángeles. En una de sus alucinaciones vio a Cristo sentado en la cabecera de una mesa puesta con exquisitas viandas, y oyó que le decía: "Quiero que comas conmigo". Rehusó Catarina: "Yo, Señor, de tales mercedes no merezco: ¿qué dirán si saben que una bozal china, que un caballo, ha comido con vuestra Divina Majestad? Vuestro convite es muy bueno para los justos, no para una bestia y pecadora como yo".

Durante muchos años, hasta su muerte, Catarina de San Juan tuvo visiones celestiales, hizo profecías, realizó milagros. Fue sepultada en la Iglesia de la Compañía. En la lápida de teca de su tumba se lee: "Condidit hic tumulus venerandam in Christo virginem Catharina de San Juan, quam Magore (el Mogol) mundo, Angelopolis coelo dedit". Los poblanos la consideraron santa. Sus retratos se multiplicaron, y según la Inquisición, recibieron veneración excesiva.

A los trece años de muerta la "china", los inquisidores prohibieron "cualquier retrato del obispo Palafox y de Catarina de San Juan, so pena de excomuniación mayor". Había estampas en que ambos taumaturgos, la esclava india y el humanista español, aparecían juntos. En un edicto de 1691 el Tribunal del Santo Oficio mandó recogerlas. Nunca prosperaron las causas de canonización de las dos más eximias figuras de la Puebla del siglo XVII.

Hay constancia de un caso en que la fe en la santidad de Catarina se vuelve más fuerte que la amenaza del Santo Oficio: tengo en mis manos su retrato, que me ha prestado el historiador poblano José Miguel Quintana. Es probable que Pedro de la Rosa, el grabador, haya conocido a la anciana. Los rasgos de Catarina no son por cierto orientales. Lleva en sus manos juntas un rosario; su atuendo es el sayal que describe uno de sus confesores, Castillo Grajeda: "no salió de un vestido pardo de lana... El manto con que modestamente se cubría fue siempre el más grosero, el más toscó". Vestía, pues, como las monjas capuchinas; el traje de la china poblana —"enaguas con lentejuelas, hasta media pierna, dejando ver su pie sin media, calzado por



RETRATO DE CATARINA DE SAN JUAN

"La venerable Catarina de San Juan, natural de Gran Mogol, murió de edad de 82 años a 5 de enero de 1688 en la Puebla de los Angeles. Enterróse en el Colegio del Espíritu Santo de la Compañía de Jesús".

un zapato de raso verde; ceñida la estrecha y mórbida cintura por una banda carmesí; mal cubierto el provocativo seno por una camisa de lienzo sutil, bordada caprichosamente con sedas de colores...— no se puede identificar, pese a la buena voluntad del coronel Carreón y del licenciado Mena, con el sayal de Catarina de San Juan. La descripción que precede es de Niceto Zamacois (1855), y se refiere a las chinas de la Plaza de San Juan, en México; poblanas, sin duda, pero en el sentido que se daba entonces a la palabra en toda la América hispana: aldeana, pueblerina, mujer del pueblo.

El confesor Castillo Grajeda sabía que la religiosa había nacido en el imperio del Gran Mogol, la India; sin embargo dice que hablaba como “todas las que son de nación china”. La propia Catarina se define como una “china bozal”. China, y de Puebla: esto es, china poblana. De aquí a la identificación con la elegante y salerosa pueblerina, el paso es fácil.

La “puntada” del coronel prosperó, pese a la completa falta de lógica: el traje de la china es de fines del XVIII o de principios del siglo XIX, casi dos siglos después de la llegada a Puebla de la pequeña esclava hindú. El toscos sayal de la religiosa se ha metamorfoseado en el castor rojo,

*“bello firmamento
de lentejuelas de plata”.*

Una burda mentira se repite tanto que se vuelve una verdad generalmente aceptada. Yo mismo, recién llegado a México, caí en la treta. Poco antes había visitado el puerto de Cochín, donde se embarcó Catarina rumbo a Manila; me seducía la idea de la princesita oriental, hija de un Gran Mogol de Delhi, que llega a México casi milagrosamente, y aquí se vuelve taumaturga y fundadora del traje nacional. Me desengañé al leer la afirmación de Manuel Toussaint: “Nada tiene que ver este traje de nuestra China Poblana de hoy, con la indumentaria paupérrima que Catarina usó para cubrir su desnudez... Como esclava, ningún lujo o gala puede haberse permitido y, ya mujer, en Puebla, esclava de sus amos y esclava de Dios ante todo, su indumento se reducía, como dice su confesor y biógrafo, a saya, manta y toca. Compárese esto con el castor rojo bordado de lentejuelas, la pródiga camisa que deja adivinar la opulencia del seno, las medias blancas, las zapatillas, el rebozo incitante, y convendremos en que se trata de dos polos opuestos ligados por un guión misterioso”.

Para volver a los mitómanos responsables de la difusión de la “leyenda” de la china poblana, hay que recordar que la presunta princesa inda, Catarina de San Juan, era ella misma una mitómana de primera fuerza; inocente, por histórica, pero dotada de un singular poder de sugestión. Sin éste, sus

confesores no hubieran escrito los libros que describen las fantasías de la antigua esclava china. El padre Alonso Ramos, S. J., publicó 3 tomos de 400 páginas cada uno, que la Inquisición prohibió “por contenerse en él revelaciones, visiones y apariciones inútiles, inverosímiles, llenas de contradicciones y comparaciones impropias, indecentes y temerarias, y que sapiunt blasphemiam... sin más fundamentos que la vana credulidad del autor”. Del tercer tomo quedó su único ejemplar, que fue joya inestimable de la biblioteca del historiador Pérez Salazar (ignoro su actual paradero). De la biografía compendiada, escrita por otro confesor, el ya mencionado padre Castillo Grajeda, S. J., se han hecho tres ediciones: una a raíz de la muerte de la venerable Catarina; otra en 1767 y una tercera, prologada por Manuel Toussaint, en 1946.

¿Cómo se explica que un hombre culto como el padre Ramos creyese verdad el cuento de la pobre esclava inda, hija de un “príncipe dueño absoluto de algunas tierras del Gran Mogol” y nieta, por parte de madre, del emperador del Oriente, Maximiliano? ¿Cómo creyó que durante el bautismo de Catarina, en Cochín, asistieran la Virgen, San Joaquín y Santa Ana, dando muestras del más grande regocijo? Es un misterio tan inquietante como el de que, al cabo de sesenta años de vida en Puebla, la “china” no logró hablar el castellano ni medianamente.

Lo cierto es que todos los autores serios, desde hace medio siglo, están concordes en negar cualquier relación entre el traje de Catarina de San Juan, la mística del siglo XVII, y el de la china poblana del siglo pasado, esa linda y eterna compañera de las aventuras, de las penalidades y de las alegrías del mexicano del pueblo. El deslinde de las dos figuras antitéticas: la pobre religiosa que sufre martirios y la mujer descocada y algo equívoca, es imprescindible. Un infundio, aunque sea simpático, no se puede perpetuar.

He aquí otra referencia a la china poblana, no menos fehaciente que la de Zamacois: la que dejó la marquesa Calderón de la Barca (1840). Tanto le gustó el traje que quiso asistir, ataviada en él, a un baile de disfraces. Al mediodía recibió la visita del ministro de Relaciones, el de la Guerra, el de Gobernación y otros personajes, que la disuadieron de presentarse en ese traje: “they assured us that poblanas generally were femmes de rien” y que la esposa de un ministro español no debía ponerse semejante traje, ni por una sola noche. La señora Calderón de la Barca dio las gracias al consejo de ministros por su oportuna advertencia. En la tarde recibió una carta confidencial de un viejo caballero, José Arnáiz, quien insistía: “The dress of a poblana is that of a woman of no character”: el traje de poblana es el de una mujer de reputación poco envidiable.

Manuel Payno, en su Viaje a Veracruz (1844), dice de la china que era

“una mujer del pueblo que vivía sin servir a nadie y con cierta holgura a expensas de un esposo o de un amante, o bien de su propia industria. Pertenecía a la raza mestiza y se distinguía por su aseo, por la belleza de sus formas, que realizaba con su traje pintoresco, hartamente ligero y provocativo, no menos que por su andar airoso y desenfadado...”

Al cabo de un viaje a Puebla en 1849, Guillermo Prieto se refiere a las chinas que el pintor Arrieta representaba en sus cuadros junto a otras figuras del pueblo:

“Son las chinas salerosas y provocativas; son los muchachos juguetones y audaces; son los léperos taimados y astutos. Hay una china con un plato de mole en la mano, que sería a la vez el tormento de un hambriento y de un enamorado, porque no se sabe si brinda con un refrigerio o con un mal pensamiento...”

Prieto espera con ahinco el jueves que “se considera con el pretexto del mercado, el día de los cuchicheos, la congregación de las chinas. La china, añade, es el sueño del oro y el ciprés de la plata para el natural y para el viajero...”

“A aquel lugar concurren en tropel ya las criadas viejas de los señores canónigos, de armador y zorongos, zapato adusto y media de los indios, ya la señora de casa con sus chicuelos y una criaduela minúscula con un enorme canasto, ya en fin, la china primitiva con su camisa calada, con su descote subversivo, con su refajo malicioso y con todo ese aquel y aquella *endenidá* que confieso francamente, que me ataca los nervios...”

“El tráfico del mercado dura toda la mañana, alegrando corazones, derramando el contento, atrayendo algunos pisaverdes que van a una distancia respetuosa a formar corrillo y cosechar dengues y miradas expresivas.

—No se canse usted —me decían en uno de esos corrillos—. Esto no sirve, se acabaron las chinas.

—Los americanos las perdieron, ahora todas quieren túnico y soguillas de ámbar y cinturones y pañoletas.

—Y eso cuesta un sentido; siendo indispensable la china.

—Vea usted, un poblano sin china, es como un barbero español sin guitarra, como un partido sin periódico. Aquí tiene todo el mundo su china.

—Cuestan mucho, y aniquilan a los cristianos para el pago del mercader o de la mercadera”.

El auge de la china en Puebla es indiscutible; con todo, hay otros autores que se refieren a la china en la Ciudad de México años después del viaje de Guillermo Prieto a la Angelópolis.

José María Rivera hizo esta picaresca descripción de nuestro personaje el mismo año en que lo retrató Zamacois (1855): “¡Fuera la gente de alto

rango! ¡Fuera las majas y manolas de España y las grisetas de Francia! porque ahora sale mi china: esa hija de México tan linda como su cielo azul... Apenas cuenta veintitrés años y ya tiene veintiocho amantes, incluso el tendero de la esquina y el hijo del inspector... No conoce el corsé: si lo viera desde luego pensaría que semejante aparato fue uno de los instrumentos que sirvieron para martirio de santa Ursula y sus once mil compañeras... El fuerte de la china es el aseo, y tanto en su personita como en sus vestidos y muebles ostenta la mayor limpieza, correspondiendo siempre la fachada a lo interior, cosa que no sucede en ciertas Evas... Esta mujer va desapareciendo... Triste es decirlo: hoy encontraréis la clanzada en Oaxaca, la lépera en Querétaro, la tagarnina en Durango y Monterrey, la tapatía en Guadalajara... pero la china ya no la veréis como en otros tiempos en el paseo de la Retama o en la plazuela de Pacheco, ni en las canoas de Santa Anita... La china, esa linda hija del pueblo, de bondadosa índole y corazón excelente, dentro de pocos años será un tipo que pertenece a la historia”.

Rivera nos presenta a la china delante de la autoridad; ésta le pregunta su apellido. “Por parte de mi madre soy Villa. Mi padre... ¡pues!... mi padre también era Villa”. El comisario apunta: “de la Villa”. Con toda evidencia, Rivera atribuye tal apellido a la china para subrayar que procede de la aldea, del pueblo, o sea de la villa. La llama, además, la “plebeya china”: plebeya, hija del pueblo: esto es, poblana.

Poblana, no angelopolitana. Puntualiza el doctor Nicolás León: “La área del traje llamado de china fueron el Distrito Federal, Puebla, Oaxaca, quizá y un poco Guadalajara. El centro de irradiación debe haber sido la Ciudad de México y en su mayor auge y persistencia la ciudad de Puebla”. Debido a la convergencia de las palabras “poblana”, por un lado “pueblerina”, “plebeya”, y por el otro, oriunda de Puebla, comprendemos la “trampa” en que han caído la marquesa Calderón de la Barca, el pintor Carlos Nebel y los propios poblanos, a los cuales, desde luego, les halaga la idea de que el traje nacional se haya originado en su ciudad.

Carlos Nebel, arquitecto alemán, autor del famoso *Viaje pintoresco* publicado en París y México en 1840, con prólogo de Humboldt, nos ha dejado el famoso cuadro titulado *Poblanas*. De las tres una lleva la falda de castor; bajo las enaguas de dos asoma el refajo que termina en picos, llamados “puntas enchiladas”. Las tres fuman cigarrillos.

En tanto que las *Poblanas* de Nebel son famosas, las de Fossey, pintor francés de la misma época, casi no se conocen. Las imprimió en París el mismo litógrafo a quien se deben las láminas de Nebel: Lemercier. También las poblanas de Fossey son tres; una fuma; otra luce el clásico refajo picudo. Pero lo singularmente importante de las litografías de Fossey es su título bilingüe,

modesta piedra de Rosetta para la interpretación de la voz "poblana". Dice: Poblanas (*Paysannes*). No se trataba de *Femmes de Puebla*, sino de pueblerinas, campesinas. Junto a las chinas poblanas aparece un rancharo (*fermier*) y, a caballo, un *cavalier mexicain* y una *dame mexicaine* que representan la clase alta en oposición a la baja: el rancharo y las poblanas.

Luis Castillo Ledón recuerda que la "especie" de la china poblana empezó a formarse durante la guerra de la independencia, a favor del relajamiento que ésta vino a producir en la austeridad religiosa y en las costumbres. "Las muchachas del pueblo, no bien cumplían los 15 años y se daban cuenta de sus atractivos, ardían en deseos de lucir el ostentoso vestido, que arrebatava la mirada de los hombres".

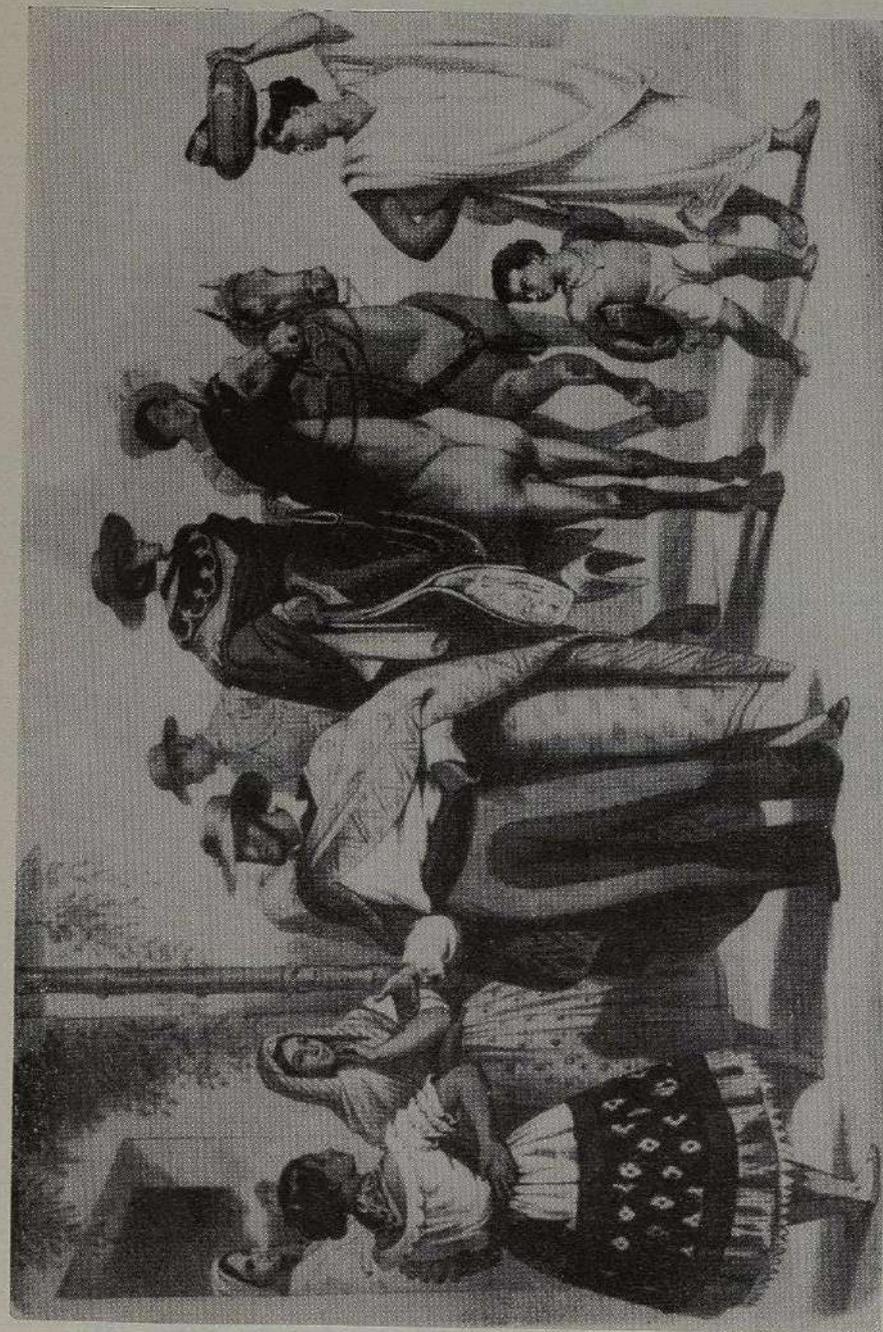
A mediados del siglo pasado, como hemos visto, la "especie" y la indumentaria de la poblana estaba en decadencia; sólo sobrevivió su atuendo, usado como disfraz carnavalesco o en las tablas, por bailarinas o cantantes folclóricas; la más conocida entre ellas es Julia Garnica.

No hay duda de que el traje de la china poblana es adaptación de uno español; deriva tal vez del de la maja andaluza o la lagarterana. La china es la pareja indispensable del charro, cuya indumentaria es de origen salmantino. Los de china y charro se consideran hoy trajes nacionales. El "guión misterioso" al que alude Toussaint no es más que la "leyenda" debida a la fantasía del aludido coronel Carreón y aceptada hasta nuestros días. Se han adueñado de ella los maestros normalistas que en ciertas fiestas escolares presentan, como antepasada de la china poblana, a una "princesa" vestida a la usanza del Celeste Imperio.

"China" es voz quechua; significó en origen "hembra de los animales", luego pasó a denominar una sirvienta, una india o mestiza, una mujer del bajo pueblo. La primera documentación de esta palabra es de 1553: Santillán, en sus *Tres relaciones* (página 98) refiere que los soldados españoles en Perú tenían "para chinas de sus mujeres y a veces por mancebas de ellos y de otros".

En 1673, Pineda y Bascuñán, en su *Cautiverio feliz*, se refiere a "dos chinas, chinillas o chinuelas". Juan y Ulloa, en su *Relación histórica del viaje a la América Meridional*, describe su visita a Quito hacia 1740 y dice de las chinas "que así llaman a las indias mozas solteras, criadas de las casas y conventos" (tomo I, página 368). En el lenguaje bogotano del siglo pasado, china, según Rufino Cuervo, equivalía a chica, muchacha, rapaza; el ilustre lingüista confirma el origen quechua de la palabra.

¿Cuándo y cómo llegó a México la china? La versión de Castillo Ledón es plausible. Conocemos, además, las características de la china mexicana gracias a los autores, todos dignos de crédito, que hemos citado: la marquesa



Litografía de Fossey con tres chinas poblanas (en la extrema izquierda). El título "Poblanas" está traducido al francés por "Paysannes", o sea, pueblerinas.



*La china poblana, en Los mexicanos pintados por sí mismos, México, 1855.
Litografía de H. Iriarte.*



*Degeneración del traje de la china poblana. Fotografía de una muchacha en el
disfraz de seudo china poblana en una feria popular (Catemaco, 16 de julio de 1968).
Foto: Ruth D. Lechuga.*

Calderón de la Barca, Payno, Prieto, Zamacois y Rivera. También Joaquín García Icazbalceta afirma que alcanzó todavía a conocerla. Ya que nació en 1825, probablemente aludía a las últimas chinas de la Ciudad de México, en los cincuenta: "Sus trajes y modales —se queja— han desaparecido por completo". Supone García Icazbalceta que después de su desaparición en México las chinas permanecieron algún tiempo en Puebla: de ahí los cuadros de Arrieta y la descripción de Guillermo Prieto. A su auge y supervivencia en Puebla, según nuestro autor, les vino el nombre de *poblanas*.

García Icazbalceta escribía en 1893; su interpretación de "poblana" aplicado a la china es, desde luego, sujeta a seria discusión. Sabemos que poblano, en Hispanoamérica, equivale a pueblerino, campesino, lugareño, habitante de aldea. Esta acepción se conserva todavía en Yucatán. Por la convergencia de poblano-pueblerino y poblano-gentilicio de Puebla, se ha creado una evidente confusión, que ha señalado, a justo título, el jurista Roberto Molina Pasquel (actualmente embajador de México en Australia). El mole poblano era, en origen, un mole al estilo campesino y no al estilo angelopolitano; en otras palabras, un mole poblano podía ser del Bajío o de Jalisco. Análogamente, una china poblana podía ser de cualquier región de México. Al leer la *Musa Callejera*, de Guillermo Prieto, parece manifiesto que el poeta, que tan eficazmente describió las chinas por él conocidas en Puebla, y ya curado de los ataques de nervios que le producían, usa "poblano" con el valor de "pueblerino" y no de "angelopolitano":

Y viva lo de la tierra,
castor, sombrero jarano
y penca y mole poblano...
y jarabe hasta rabiarse.

En *El tímido y el zagalejo* el poeta pregunta:

Por Dios, ¿quién sufre embudo
de lienzo? ¿Una linda china
a quien el cielo destina
al aire libre, al amor?
Esas cárceles de lienzo
sirvan a la aristocracia;
pero a las chinas la gracia
y la enagua de castor.

Dos veces, en el poema, la china es llamada "poblana":

*La linda china poblana
más linda que las estrellas.
Era la china garbosa,
la linda china poblana
sobre la nube de grana
de su enagua de castor.*

En otra estrofa el poeta alude a

*los encantos soberanos
de los piecitos poblanos.*

Nunca, en la lectura de esta apasionada defensa del atuendo tradicional de la china, se encuentra una alusión a la ciudad de Puebla. "Viva lo de la tierra", o sea, lo genuino, lo lugareño, lo de la costumbre consagrada.

Por otra parte Payno, en tres de sus libros, sólo usa la palabra "china", sin la añadidura de "poblana", y Somoano escribe:

*Es la trigueña chinita,
la mujer más resalada
que en el suelo mexicano
naciera de sangre hispana.*

El doctor Molina Pasquel duda de que varias conocidas expresiones injuriosas se refieran a los poblanos en tanto que angelopolitanos; más bien se relacionan con el sentido originario de poblano, o sea pueblerino, tosco, burdo, grosero: exactamente como el vecino de la aldea o villa se porta como un villano, en contraposición con el habitante de la ciudad, de la urbe, bien educado, cortés, esto es: urbano.

Si los habitantes de la Puebla de los Ángeles no se llamaran poblanos, sino poblenses, como los de Puebla de Don Fradique, o poblanchinos, como los de Puebla de la Calzada, no se habría presentado la confusión con poblano, aplicado a la china y al mole, ambos pueblerinos y no angelopolitanos. Desde luego, la convergencia de poblano, aldeano, con poblano, gentilicio de Puebla, lleva a la anfibología, que se aprovecha con fin agresivo, y para la cual se buscan incluso justificaciones históricas.

Lo que es cierto y positivo es que el traje de china poblana ha sobrevivido y que forma, con el del charro, la popular pareja que se ha depurado, estilizado y dignificado, hasta volverse el traje nacional de México.

FUENTES PRINCIPALES

- JOSÉ DEL CASTILLO GRAJEDA, *Compendio de la vida y virtudes de la venerable Catarina de San Juan*, Puebla, 1692 y 1767; México, 1946.
- CARLOS NEBEL, *Viaje pintoresco y arqueológico por la República Mexicana*, 1829-1834. París y México 1840.
- MARQUESA CALDERÓN DE LA BARGA, *Life in Mexico*, Londres, 1843, p. 63.
- MANUEL PAYNO, *Viaje a Veracruz en el invierno*, en el *Museo Mexicano*, México, 1844, t. III, pp. 166-167.
- GUILLERMO PRIETO, *Ocho días en Puebla* (1849), Bibliófilos Mexicanos, México, 1967.
- JOSÉ MARÍA RIVERA, *La china*, en *Los mexicanos pintados por sí mismos*, México, 1855, pp. 89-98.
- NICETO ZAMACOIS, *México y sus alrededores* México, 1855.
- MANUEL PAYNO, *Tardes nubladas*, México, 1871, p. 343.
- GUILLERMO PRIETO (FIDEL), *Musa Callejera*, Biblioteca del Estudiante Universitario, México, 1942, pp. 69-73.
- GUILLERMO PRIETO (FIDEL), *Semana Santa de antaño*, en *La Colonia española*, México, 14 abril 1879.
- La República Literaria*, pp. 683-691 y 731-736, Guadalajara, 1888.
- LUIS CASTILLO LEDÓN, *La China Poblana*, en *El Universal*, México, 15-II-1924.
- DR. NICOLÁS LEÓN, *Catarina de San Juan y la china poblana. Estudio etnográfico crítico*. México, 1924.
- RAMÓN MENA, *La China Poblana (apunte histórico)*.
- RAFAEL CARRASCO PUENTE, *Bibliografía de Catarina de San Juan y de la China Poblana*, México 1950, p. 73.
- MARTÍN ALONSO, *Enciclopedia del idioma*, Madrid, 1958, tomo III, pp. 3326, 3327.